

# LULA, LA ESPERANZA DE BRASIL

52 millones de votos han llevado a Luiz Inácio Da Silva -Lula-, a la presidencia de Brasil. Se ha encontrado con un país que tiene una deuda pública de 600.000 millones de reales, un crecimiento que el pasado año llegó al 1%, una población activa que en su mayoría trabaja en la economía paralela, una deuda exterior de 30.000 millones de dólares y una desigualdad social que está entre las mayores del mundo. Todo esto es fruto de la política neoliberal aplicada por sus antecesores. El triunfo de Lula tiene varias lecturas, y una de ellas, la que nos interesa a nosotros, es la de que ha ganado una idea alternativa al actual modelo económico que impera en la región. Lula tiene entre sus objetivos



El Presidente de Brasil, Lula Inácio Lula de Silva

prioritarios la lucha contra el hambre, la pobreza y la exclusión urbana, que encuentran su máxima expresión en las favelas y los niños de la calle. Tiene que dar respuesta también a las justas reivindicaciones de los sin tierra -articuladas en torno al poderoso MOVIMIENTO DE LOS SIN TIERRA (MST)- llevando a cabo una reforma agraria real y eficaz; reactivar la democracia ciudadana con medidas como las que se están desarrollando en Porto Alegre, denominadas "presupuesto participativo", y que persiguen un sistema de autogestión popular a todos los niveles; impulsar iniciativas geopolíticas de alcance mundial que sean una alternativa viable al poderío de EEUU, tales como la refundación del MERCOSUR y su propuesta de moneda única, un Parlamento Regional y una política exterior común; un programa de seguridad pública con nuevas leyes y medidas administrativas que sirvan para reorganizar la policía y el sistema penal, para poner fin a la oleada de crímenes, motines en las cárceles, secuestros y atracos que tanto abundan en las ciudades brasileñas; y la reforma del sistema educativo, que pone en serio peligro el futuro de Brasil.

Esta es la tarea que tiene por delante Lula. Para alcanzarlos, cuenta con el Partido de los Trabajadores (PT), que en su carta de principios defiende el socialismo, y que cuando nació en 1980, fue duramente criticado por las organizaciones de izquierda tradicionales, que no entendían que un mecánico tornero se lanzase a la aventura de levantar un partido para los trabajadores formado por trabajadores. Lula conoce muy bien lo que es el mundo del trabajo, y lo que es pasar hambre y otras muchas penalidades: encontrar a su padre con otra mujer y otros hijos, la humillación de no poder entrar a un cine por no ir vestido "convenientemente", el trabajo nocturno, que le costó perder el dedo meñique de la mano izquierda, la muerte en un hospital de su primera esposa y del niño que llevaba en su vientre,

porque el pobre no tiene derecho a la salud en algunos lugares del mundo. Con 12 años Lula ya estaba en la calle como limpiabotas, para ser luego ayudante en una tintorería. A los 14 consiguió una plaza en una fábrica metalúrgica y desde entonces ha participado activamente en el movimiento sindical. Entre 1975 y 1978 dirigió varias huelgas -estando en la cárcel por ello- que aceleraron el final de la dictadura militar. Lula está influenciado por Marx y por otros clásicos del socialismo, pero también por la obra de Paulo Freire y de la Teología de la liberación. No podemos olvidar, que Lula tiene una acusada formación religiosa, es devoto de Jesús y Francisco de Asís, le gusta rezar, tiene la costumbre de hacer la señal de la cruz antes de cada comida y nunca falta a la Misa del Trabajador, que se celebra el 1 de mayo en la iglesia de Sao Bernardo do Campo. También ha sabido aprender de las diversas experiencias históricas surgidas a lo largo de estos años para construir una sociedad socialista, huyendo de los dogmatismos y de las burocracias.

Durante los últimos 21 años Lula ha recorrido Brasil de punta a punta, visitando cientos de municipios. Bajo su indiscutible liderazgo han nacido movimientos sociales, ong's, sindicatos y núcleos del PT. El pasado 6 de octubre el PT consiguió con sus votos, 10 senadores, 91 diputados federales y 147 diputados en diversos estados de Brasil. A la tercera, Lula ha sido elegido por una mayoría de más de 20 millones de votos presidente de Brasil.

Lula es una esperanza para el Brasil destrozado por el neoliberalismo y la siempre nefasta influencia norteamericana. Habrá que esperar lo que sucede, la reacción del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y de la oligarquía brasileña, sin olvidarnos del todopoderoso vecino del norte. Un nuevo proyecto alternativo a la miseria, el hambre y la explotación se ha puesto en marcha en Brasil. Desde aquí vaya todo nuestro apoyo a Lula y al PT. Otro mundo es posible...

## EL CARLISMO, UNA FUERZA ECOLOGISTA

El origen del carlismo radica, como es sabido, en la sublevación, en 1833, del campesinado de los pueblos hispanos, entonces sector mayoritario de la población, contra la imposición del liberalismo que, de un plumazo, aniquilaba la organización socio-económica de aquellas comunidades, sus expresiones ideológicas y culturales, de las que la religión era columna vertebral, y sus libertades forales, allá donde hubieran podido ser conservadas. No se trató pues, como interesadamente se ha querido hacer creer, de una lucha por que reinase tal o cual personaje, sino de las clases populares en defensa de sus intereses contra la burguesía.

Estas comunidades habían desarrollado, a lo largo de los siglos, una interacción con su medio y un estado de equilibrio que la rapacidad del liberalismo destruirá. En 1871 el diputado carlista guipuzcoano Vicente Manterola, alertaría en las Cortes de Madrid del desastre que se avecinaba al grito de ¡Don Carlos o el petróleo!, de triste actualidad en estos días de naufragios y guerras. Años después, alguien tan poco sospechoso de carlismo como Joaquín Costa, achacaba la responsabilidad de la pavorosa deforestación al "hacha desamortizadora".

Desarticulación de las bases que regían la vida del campesinado, con el consiguiente deterioro económico, éxodo rural, envejecimiento de la población, cuando no desaparición de pueblos enteros, irreparables pérdidas culturales y, por supuesto, degradación ambiental, son las consecuencias de la imposición del liberalismo.

El Carlismo hoy, fiel a su tradición

comunalista, foral, popular y defensora de las identidades culturales de los pueblos, propugna la transformación de las estructuras políticas y económicas liberales, hacia otro sistema que denominamos autogestión global.

No hablamos de otra política, sino también de otra cultura, aquella cuya posibilidad de evolución fue cercenada a partir de 1833. Por eso insistiremos en que el problema del declive del Carlismo no tiene unas causas meramente políticas, sino sobre todo culturales, por lo que su resolución debe ser ante todo cultural. En otras palabras, no se trata de pergeñar bellas teorías o de ocupar tales o cuales puestos de concejales o de lo que sea, sino de dar respuesta a las exigencias de unos pueblos conscientes de si mismos.

Dentro de esa cultura nueva y, a la vez, ancestral, la cultura ecológica ocupa un lugar fundamental. Debemos ruralizar las ciudades, para hacerlas más humanas y habitables, pero también urbanizar los pueblos, para que sus habitantes disfruten de los derechos y la calidad de vida comunes a todos los ciudadanos.

La conservación del equilibrio ecológico será la consecuencia de todo ello. Es más, es consustancial a la existencia de una democracia participativa, de un sistema autogestionario gestionado por ciudadanos responsables y protagonistas de su devenir, lejos de los sistemas liberales de partidocracia, caciquismo, politiquería y corrupción que conocemos.

De esta forma, la política ambiental no es, para nosotros, una política sectorial,

como lo es para los partidos liberales, bien sean conservadores o socialdemócratas, sino auténticamente transversal a todas las demás políticas.



Por otra parte, creemos que en la política ambiental, como en otros ámbitos, la educación es fundamental. En efecto, el respeto al entorno comienza en nuestras acciones cotidianas, como pueden ser el uso del agua o el tratamiento de las basuras. Por eso, tanto la solución como a los problemas globales -energéticos, de residuos, de recursos, de producción y consumo, de sostenibilidad en suma- pasa por un análisis que debe comenzar por la consideración de las necesidades de las entidades socioeconómicas y políticas más básicas, para ir hacia las más amplias, análisis que sólo puede resultar válido desde un planteamiento autogestionario.

Consecuentemente, no podemos más que estar en contra de los macroproyectos que, en definitiva, sólo favorecen a la oligarquía de siempre, tales como los planteamientos energéticos masivos y monopolizadores, cuya punta de lanza siguen siendo las centrales nucleares, o el demencial **Plan Hidrológico Nacional**, del que su principal virtualidad es la de proporcionar ingentes beneficios a las empresas cementeras y de obras públicas, a costa de cercenar las posibilidades de desarrollo sostenible del Pirineo y la cuenca del Ebro.

Por tanto los Carlistas basamos nuestro programa de política ambiental en los siguientes puntos básicos.

1. Promoción universalizada de la **Educación Ambiental**.
2. Establecimiento de derechos y niveles ambientales a todos los niveles (doméstico, local, sectorial, municipal, etc.).
3. Análisis de necesidades ambientales a esos niveles, potenciando las soluciones locales antes que las externas (pequeñas centrales, soluciones mancomunadas, etc.), siempre en clave de solidaridad.
4. Rechazo a los macroproyectos (centrales nucleares, centrales eólicas descomunales, PHN, etc.)

En definitiva, propugnamos un mundo en el que el poder esté repartido entre los ciudadanos y en el que éstos sean responsables y protagonistas de su gestión.

Fernando Sánchez Aranz